Mujeres cuyanas en tiempos revueltos, su inclusión comprometida y su exclusión en el imaginario (1810-1840)

Ana T. Fanchin - Patricia N. Sánchez
Universidad Nacional de San Juan, Argentina

Explorar los imaginarios sociales implica una aproximación al campo de las representaciones subjetivas de los individuos y del grupo al cual pertenecen. No existe por un lado realidad y por otra representación, como si fueran dos órdenes perfectamente escindidos, lo que hay es una realidad que siempre está teñida inevitablemente de representación, la que forma parte constitutiva de la naturaleza de aquella[1].

El imaginario social fundamenta toda sociedad y la imagen, como afirma Michel Maffesoli, es aquello que describe lo real actuando en la vida social[2]. Siguiendo estos conceptos centramos la mirada en tres mujeres que vivieron en el tiempo de revolución y guerra civil en San Juan de la Frontera (Argentina) –Doña Paula Albarracín, Martina Chapanay y Deolinda Correa- y la imagen con la que han sido perpetuadas en la historia. Ellas, si bien formaron parte de una misma época y compartieron una misma condición de género, determinada por la exclusión en el ámbito público, simbolizaron arquetipos disímiles por pertenecer a entornos sociales diferentes y, por ende, sus circunstancias de vida variaron como también las maneras en que han sido representadas e inmortalizadas.

La primera de ellas, Doña Paula Albarracín, trascendió por ser la madre de un destacado hombre público como fue Domingo Faustino Sarmiento y representa el modelo construido culturalmente en el siglo XIX. La segunda de ellas, Martina Chapanay, fue una conocida montonera y bandolera del siglo XIX, es representada de manera travestida y exaltada por su coraje y aptitudes para la guerra y la vida de la campaña, alcanzó una fama que trascendió los límites del ámbito provincial. Por último, la tercera, conocida como Difunta Correa, fue una mujer que se convirtió en leyenda despertando un gran fervor popular. Se ha perpetuado en la memoria colectiva el martirio que padeció ante amenazas de ultraje y violación que la obligaron a huir junto a su pequeño hijo de la ciudad de San Juan en búsqueda de su esposo -tomado prisionero por la montonera federal- y muere durante la travesía. Se la identifica como madre que produce un milagro de amor amamantando a su hijo después de su muerte, santificada luego por el pueblo que le atribuye hasta el presente poderes milagrosos.

De estas mujeres se ha creado un imaginario social reproducido por la historia oficial de fines del siglo XIX, la literatura y la tradición oral que llega hasta nuestros días. Pero al indagar sobre qué se sabe de ellas y qué simbolizaron en los albores de la nacionalidad fue preciso reflexionar desde nuestro presente, decantando los atributos ficcionales con que serían encubiertas para verlas como lo que realmente fueron: ni heroínas, ni subversivas, sino simplemente mujeres de 'carne y hueso'.

---

[1] El imaginario social es concebido como una dimensión propia del terreno de la representación, pero que posee la facultad práctica para definir una determinada percepción de lo que consideramos como real. (Carretero. *"Imaginarios Sociales y Crítica Ideológica. Una perspectiva para comprensión de la legitimación del orden social"*. http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/56811732103425006565679/2006 235.pdf).

[2] Maffesoli. *El imaginario social*. 2003, p. 164.

Datos biográficos, lo que se sabe (o se dice) de ellas

Doña Paula nació en San Juan en el año 1774, sus padres -Don Cornelio Albarracín y Doña Juana Irrázabal- descendían de ilustres familias españolas. En el año 1802 contrajo matrimonio con José Clemente Sarmiento, capitán de milicias quién sirvió a las órdenes del General San Martín trasladando a la ciudad de San Juan los prisioneros españoles tomados en la batalla de Chacabuco en Chile. De esta unión nació Domingo Faustino y cuatro hijas, Paula, Bienvenida, Rosario y Procesa que trascendieron por sus obras artísticas y actividad docente. Murió a los 87 años, el 22 de noviembre de 1861.

Domingo F. Sarmiento presenta a su madre como modelo de cumplimiento del deber y de las tradiciones religiosas heredadas de la colonia. La destaca como una mujer virtuosa y trabajadora, resignada a una situación de pobreza sin protestar ni quejarse. Se refiere a su "rara beldad moral", producto de una educación elevada en virtudes que la llevó a obrar en circunstancias muy difíciles como las que se vivían de revolución y guerra, sin desmentirse y sin flaquear. Fueron estos valores, enseñados con la palabra y el ejemplo en el hogar materno los que le servirían para su desempeño en la adultez. Se detiene especialmente en el trabajo variado y artesanal de su madre, a modo de ejemplo de la mujer trabajadora de su tiempo, quiénes "podían contar consigo mismas para subvenir a sus necesidades". Detalla la producción de su madre en el telar y en las labores de hilo y tintura de telas que le valieron a su familia una alta reputación industrial, heredada y pulida por sus hermanas[3].

En general, el resto de sus biógrafos -tanto coetáneos a su hijo como los que han escrito con posterioridad en el siglo XX - han expresado y han perpetuado una imagen de Doña Paula como mujer ejemplar, madre bondadosa que hizo de la pobreza un apostolado sin precedentes y del trabajo tesonero una virtud, trascendiendo con el apodo de "Patrona del telar, para ella el trabajo fue una consigna recibida desde el más allá y desde muy joven no hizo más que trabajar"[4].

Respecto a Martina Chapanay, nació en el valle de Zonda, -oasis ubicado en el centro sur de la provincia- en el año 1800, hija de Juan Chapanay, último cacique huarpe[5] de ese lugar, y de Mercedes González, una cautiva blanca capturada por los infieles a fines del siglo XVIII. Otras versiones aseveran que era hija de una mujer llamada Teodora García, una 'bella' española que había sufrido el encuentro con un malón[6], hallada más tarde por Juan Chapanay que la auxilia y la protege, culminando esta relación en unión matrimonial[7].

Todo un imaginario sobre esta mujer quedó inmortalizado en la historia tradicional y la literatura, resaltando sus habilidades y sus gustos por las tareas varoniles. Se ha dicho que fue jinete, baquiana y rastreadora habilísima, adquiriendo gran capacidad en el arte del cuchillo, del lazo y de las boleadoras. Ha sido representada físicamente de;

> …estatura mediana, su rostro es enjuto pero huesoso, su tez cobriza….semblante triste y misterioso, y sus cabellos extraños caen en desorden alrededor de su cuello", el " último de los caciques huarpes de Zonda llevaba el apellido Chapanay, y el último vástago de la familia de éste es la célebre capitana de bandidos, Martina Chapanay[8].

[3] Sarmiento. *Recuerdos de provincia.* 1985. pp. 77-80-81.
[4] Guerrero. *Patricias Sanjuaninas.* 1978. p. 45 y Videla. *Historia de San Juan.* 1962. p 43.
[5] Pueblo originario de la región de Cuyo (Argentina), en la que se halla comprendida la provincia de San Juan.
[6] Término que en mapudungun –lengua mapuche, pueblo originario del sur de Chile y Argentina- significa ataque rápido y sorpresivo de guerreros indígenas contra el enemigo, en este caso españoles o criollos con el propósito de obtener ganado, provisiones y prisioneros, sobre todo mujeres jóvenes.
[7] El historiador, Hugo Chumbita (2000), se refiere a esta versión y asevera que el nombre del padre no era Juan sino Ambrosio Chapanay, mientras que Horacio Videla, (1962), César Guerrero (1978) y Mabel Pagano (2000) señalan que sus padres eran Juan Chapanay y Teodora, siguiendo la versión de Pedro Echagüe (1884).
[8] Quiroga. *Martina Chapanay, leyenda histórica americana.* 1865, p. 10.

Por su parte, veinte años después, Pedro Echagüe aseveró que su padre era de nacionalidad toba[9] oriundo de la región del litoral (NE argentino)[10].

Sobre la historia de su vida los autores de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del XX coinciden en afirmar que a los 22 años aproximadamente (1822), durante la guerra civil entre federales y unitarios, se enroló en el ejército que estaba bajo las órdenes del caudillo federal Facundo Quiroga. Se refieren constantemente a ella como una persona fuera de lo común por su "coraje y destreza en la caballería federal durante los combates", fue equiparada al gaucho y se la comparó con el Juan Moreira, el mayor exponte de este grupo que residía en Buenos Aires[11].

Tras la muerte de Facundo Quiroga -1835- las fuerzas a su mando se disolvieron y Martina regresó al hogar paterno en el valle de Zonda, en estos años se la vincula a unas cuadrillas de bandoleros de la provincia de San Luis o de la región de los Llanos en la Rioja, acechando y asaltando viajeros o estancias de la zona. Más tarde, en la década de 1840, sirvió a las órdenes de gobernadores, caudillos y fuerzas federales como combatiente y espía. Sus biógrafos, de ideología unitaria, desplegarán en sus páginas sus convicciones. Es así que manifiestan que luego de una vida tumultuosa comprendió "que las montoneras e indiadas aliadas al servicio del saqueo y del crimen no conducían a nada bueno, anhelando pasar sus días en paz salvaguardando a su patria chica…"[12]. De este modo la imaginación que guía la pluma del escritor provoca una mutación en Martina, transformándola en una heroína que llegó a tener una reputación extraordinaria como benefactora tutelar de viajeros. A la par que con este discurso se la reivindica al ponderar la ayuda que brinda al bando unitario, ayudando a exiliados de las tropas del General Lamadrid. Sus biógrafos coinciden en afirmar que murió en paz a los 74 años de edad en 1874, en el rancho de una india amiga en Mogna -a unas veinte leguas al sur de Jáchal, a orillas del río San Juan- donde había vivido sus últimos años.

Marcos de Estrada repite los dichos del escritor Pedro Quiroga admitiendo "preciso es confesar en honor a la verdad que Martina con una educación esmerada y en otro trato más digno habría sido Juana de Arco o una Policarpa Zalabarrieta"[13].

Por su parte, Horacio Videla –exponente de la historia positivista de mediados del siglo XX- recalca que:

> La muerte de Martina mezcla de realidad y fantasía se ha incorporado al fondo romancero y popular de Cuyo, encarnado en el corazón sanjuanino al inextinguible gaucho malo y noble, con un secreto lugar en la admiración y afecto de todos. Desde ahí el apodo de Martina suele usarse en la sociedad para designar a la muchacha indómita y resuelta[14].

Una de las obras más recientes analiza las condiciones que hicieron posible que el personaje histórico se convirtiera en legendario, aseverando que son tres los periodos de la vida de la protagonista que pueden justificar la transformación. El primero relacionado con su origen e infancia, el segundo a su protagonismo en la guerra civil y como jefa de grupos salteadores; el tercero, cuando el pueblo la considera como una figura tutelar de la región de Huanacache, lugar donde transcurrió su niñez[15].

---

[9] Se trata de la comunidad originaria Qom o Kom, denominados tobas o tovas (del gentilicio peyorativo guaraní, tová: 'rostro, frente', porque solían practicar la decalvación de la parte delantera del cuero cabelludo) son una etnia que habita en la región del Chaco, en el NE de Argentina.

[10] Echagüe. La Chapanay. 1884, p.12.

[11] Ibídem, pp. 8-9; Estrada. *Martina Chapanay Arquetipo del gaucho*. 1979, p.13.

[12] Ibídem, p. 25.

[13] Ibídem, p. 27.

[14] Videla. *Las figuras populares de San Juan*. 1962, p.53.

[15] *Marín. Martina Chapanay: Figura legendaria de las lagunas de Guanacache*. 2000. p. 3. Esta autora tomo como fuentes principales un romance La santa de las travesías de Julio Fernández Peláez y una biografía novelada *Martina, montonera del Zond*a de Mabel Pagano para reconstruir la vida de Martina Chapanay.

La tradición oral también ha rescatado a Martina como personaje histórico vinculándola a los ejércitos de los caudillos federales Facundo Quiroga y Ángel Vicente Peñaloza, destacan el valor y el coraje durante los combates y la fama que alcanzó como heroína en su propio pueblo, Huanacache, -localizado al sur de la ciudad-quiénes la denominaron "santa de las travesías", porque se sentían protegidos por ella. Destaca también que, luego de la muerte de su compañero Cruz Cuero, la participación que tuvo en las batallas no fue la misma actuando principalmente como espía. Luego de la muerte de Facundo Quiroga decidió volver al valle de Zonda, pero al llegar se encontró con una gran desolación y abandono, fue entonces cuando se decidió a ser salteadora de caminos, robando para sobrevivir[16]. Al final de sus días Martina siguió su vida en Mogna, curando las enfermedades de las personas o de los animales, realizando rastreos, ayudando a viajeros. En la última etapa de su vida dejó en el olvido sus hábitos de salteadora y resurgió en su memoria lo aprendido entre su gente.

En relación al personaje legendario de Martina, destaca que su nombre ha quedado grabado en la memoria popular, en su vida abundan hechos para ser contados de padres a hijos, valiosos como para justificar que en la región de las Lagunas de Huanacache se la considere ángel tutelar. Mientras crecía su fama como montonera y luego como bandolera, también aumentaban sus cualidades humanitarias lo que contribuyó para que alcanzara un lugar en el recuerdo popular. Algunos ejemplos de esas acciones solidarias son la ayuda que prestó a unitarios en más de una oportunidad. Su nombre se asociaba a la adivinación y a la posesión de poderes sobrenaturales. Se afirma que su condición de mestiza la favoreció en más de una vez, porque le permitió ciertas libertades no tan comunes en las mujeres de la época.

Acerca de Deolinda Correa, esta mujer fue conocida popularmente como Difunta Correa, entre las primeras obras que refieren por escrito a su existencia se destaca la de Miguel Martos (1948). Se trata de una obra literaria de género lírico predominantemente, que a comienzos de la década de 1970 fue adaptada para una producción cinematográfica. Su autor rescata la leyenda regional de Deolinda caracterizándola como una mujer humilde de corazón que parte hacia Pie de Palo, -localizado al sureste de la provincia-camino a la provincia de la Rioja, en busca de su esposo arrebatado por la montonera. "Humilde madrecita, joven y hermosa perseguida por la perfidia de los hombres, huye buscando salvar su honor y el de su esposo"[17]. Relata que su leyenda la repite el fervor popular, habla del martirio de esta mujer que vivió entre dos amores, el de su marido a quien une su trágico destino y el del hijo para quien dios hace el milagro, mujer que luego de su muerte fue adorada por la gente común y sencilla.

Todas estas versiones recogidas de la tradición oral la contextualizan en la época de guerra civil, relatando que dos hermanas de apellido Correa estaban casadas con dos hermanos de apellido Bustos -sobrinos del caudillo federal Juan Bautista Bustos y gobernador de Córdoba- y ambas experimentaron crueles padecimientos al hacerse presente el general unitario Lamadrid al frente de una columna del ejército y ocupar en dos oportunidades la provincia de San Juan. Una de ellas, Deolinda, en ocasión de la segunda invasión, en 1841, en que fue apresado su marido en Valle Fértil,- departamento localizado el extremo este de la provincia- e se lanzó sola a pie con su hijo de meses en brazos por la travesía que hay entre la ciudad de San Juan, Valle Fértil y la provincia de La Rioja.

En el camino consumió las provisiones, el charqui, el patay[18], los higos y el agua. Agotó las reservas de tunas,…..las fuerzas la abandonaron, traspuesta gran parte del camino, cerca de

[16] La misma autora hace referencia que al parecer esta era la única actividad que podían realizar quienes habían participado en la guerra, afirmando que los gauchos y los mestizos se convirtieron en el siglo XIX en un grupo social peligroso cuyas actividades se circunscribían en el marco del bandolerismo.

[17] El autor se refiere a que se habían llevado a su padre y a su marido, al padre lo mataron degollándolo y a Baudilio Bustos, su esposo, lo enviaron a la Rioja, mientras que ella, al quedar sola, fue acosada por un jefe de policía llamado Toribio Rancagua. Martos. *La Difunta Correa*. 1948, p. 75.

[18] Pasta hecha con el fruto del algarrobo.

Caucete, bajo el sol abrasador encontraron el cadáver que protegía a su pequeño, prendido a sus últimos frescores; sus pechos, sus labios secos[19].

Al cuarto día de marcha unos arrieros la encontraron muerta con una medalla donde se leía el nombre de Correa, héroe de Chacabuco- su padre-, entonces tallaron sobre un tronco de algarrobo el nombre Difunta Correa y socorrieron al niño todavía con vida.

Se cuenta que, a fines del siglo XIX dos hombres arrieros durante una gran tormenta sufrieron el desbande de los animales, entonces decidieron separarse para buscarlos y uno de ellos subió a una loma para divisar mejor el ganado. Desde allí alcanzó a ver una cruz de algarrobo y se arrodillo pidiéndole por las reses perdidas que en breve aparecieron. Era la tumba de Deolinda. Pronto el rumor del milagro se dispersó y comenzaron a peregrinar los promesantes. Hoy en el sitio donde se halla sepultada se erige un santuario muy concurrido y los devotos llevan botellas de agua como símbolo para calmar la sed de la venerada difunta.

Los biógrafos más recientes se han referido a la Difunta Correa como un ser que se conoce y expresa a través de su muerte, que trasciende como madre que produce un milagro de amor, pero haciendo referencia a la otra faceta de su vida recogida de la tradición oral, que al conjugarse le dan una dimensión insospechada en su trascendencia. En este sentido se han referido a que los tiempos de la Difunta estuvieron caracterizados por las luchas fraticidas entre unitarios y federales, época de gran poder de los jefes de tropas, que en aras de supuestos ideales encubrían intereses personales. En este marco los sitios vencidos o indefensos eran saqueados, matando a su paso, tomando a los hombres para nutrir sus tropas y a las mujeres, como botines de guerra, para someterlas y violarlas[20].

> "De aquellas injusticias y barbarie no pudo salvarse la familia de Deolinda Correa. Se dice que Deolinda abandonó su hogar prefiriendo el martirio de una marcha fatigosa y plena de riesgos a someterse a la maldad el hombre enemigo del esposo, enfrenta la muerte por ser leal esposa"[21]

Modelo y contra-modelo de Mujer en la Historia Oficial

A fines del siglo XIX, al consolidarse los estados nacionales latinoamericanos, a la par de los proyectos de "orden y progreso" que se desplegaban al compás del liberalismo se escribieron las historias que dieron sustento, precisamente, a ese modelo. La principal preocupación fue sentar las bases del Estado, otorgándole una fecha de nacimiento y designar a los padres de la patria. Así, en Argentina, esa esmerada construcción del pasado grabó en las mentes de las generaciones siguientes el 25 de mayo de 1810 como inicio y se confirió la paternidad al General Don José de San Martín.

Sin lugar a dudas, como bien lo ha planteado Josep Fontana el análisis del pasado responde a un proyecto social y en aquel contexto de época, cuando se enaltecía a los héroes nacionales, la mujer sólo sería invitada al escenario de la historia en relación a esos protagonistas. De tal modo, el proyecto liberal de fines del siglo XIX buscó preservar las relaciones patriarcales y junto con las medidas de secularización que se ponían en marcha, se ordenaba la sociedad a través de acciones tendientes a regular la vida privada, determinando los deberes y obligaciones de hombres y mujeres. En este ordenamiento, la familia fue considerada como el pilar fundamental para conservar la moral y las buenas costumbres. Como consecuencia de ello la mujer fue confinada con mayor fuerza a la vida hogareña, dedicada muy especialmente a la crianza de los hijos a quiénes debía educar en las virtudes republicanas.

---

[19] Videla. *Retablo Sanjuanino.* 1976, p.16.

[20] Romero. *La difunta correa. Su mensaje, el sentido de amor de su vida y de su muerte*". 2000. pp. 14 y 15.

[21] Por aquel tiempo montoneras federales de la Rioja habrían pasado por San Juan, y en busca de nuevos combatientes habían tomado en una leva al esposo de Deolinda, Baudilio Bustos quedando la esposa indefensa frente al acoso, posiblemente del jefe policial y su séquito. Ibídem, pp. 15 y 16. Opinión compartida por Benarós. *Romancero criollo.* 1977. pp. 9-10. Colucccio. *Devociones populares argentinas*. 1995. p. 28.

En efecto, como se ha afirmado no hay una realidad única, sino maneras diferentes de concebirla, las explicaciones son el resultado del período histórico en el cual se enmarcan[22]. Es por ello que bajo la influencia de estas ideas y las representaciones culturales de los fundadores de la historiografía nacional fue escrita la historia de las mujeres que vivieron los convulsionados años de revolución y guerra civil del siglo XIX, contribuyendo a forjar un imaginario de olvido y exclusión.

Para comprender este viraje de perspectiva entre la visión de aquel tiempo y el nuestro, se debe tener en cuenta que lo que ha variado es la relación de alteridad hacia el "otro", la cual delinea distintos modelos de relaciones de género. Es en ese nuevo paradigma que podemos verlas de modo diferente y advertir a través de los testimonios que han llegado hasta nosotros su compromiso con la realidad de su tiempo y lo que nos proponemos es des-construir un imaginario arraigado en la memoria colectiva.

Paula responde con precisión al modelo femenino pergeñado por los hombres progresistas de la nacionalidad y es precisamente su hijo, Domingo F. Sarmiento, quien en "Recuerdos de Provincia" describe con profusión los rasgos que enaltecen a esa mujer abnegada y ejemplar. Sobre la base de esta semblanza señalaba cuáles habrían de ser los comportamientos y roles femeninos, a la vez que realzaba su figura por haber sido la progenitora de un gran hombre: él mismo. En esta obra, escrita durante su exilio en Chile (1843), con la cual inicia su campaña política[23] relata la historia de su linaje remontándose a los primeros conquistadores. Destaca las enseñanzas recibidas en la infancia, mostrando dos impulsiones contradictorias; una, del padre, que imbuido de la época revolucionaria le inculcaba seguir la carrera militar y otra, la de la madre, que le trasmitió los valores coloniales impregnados de religiosidad. Al manifestar que esta última influencia fue la que mayormente configuró su personalidad pensaba en un interlocutor conservador poco dispuesto a contravenir un orden tradicional. En el capítulo "Historia de mi madre" completa las referencias sobre la herencia moral que ella le legó, deteniéndose en detallar la formación que ella misma había recibido por parte de clérigos de su familia que le inculcaron también las ideas de Rousseau, siendo éstas las que ella supo llevar a la práctica para educar a su hijo. Pues, en palabras de Sarmiento: "La madre es para el hombre la personificación de la providencia, es la tierra viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo"[24] .

Frente a esa mujer exaltada por uno de los propulsores del nuevo orden decimonónico, a través de la oralidad se moldeó la figura de Martina Chapanay. A diferencia de Paula, no provenía de alta cuna sino que se crió en un ambiente marginal de indios y cuatreros. Los datos recogidos de la tradición popular no coinciden en varios puntos, especialmente en cuanto a su origen, pero sí concuerdan en destacar que fue una mujer independiente, libertina y como tal: travestida, generalizándose en la jerga popular la asimilación del personaje a niñas rebeldes. Al escribir sobre ella, Pedro Echagüe (1884) se esmera en dejar traslucir facetas que concilian con los ideales de la sociedad de su tiempo. Por una parte, destacando que era hija de un indio toba procedente de Corrientes. Con esta afirmación no deja margen a la posibilidad de que podría ser originario de la región de alguna parcialidad huarpe o comechingona, también pudo elegir pehuenche o mapuche ya que estas comunidades del sur –como las correntinas- eran las de reciente incorporación a la nación argentina en la época que escribe, ya que con la llamada Campaña al Desierto que llevó a la cima del poder a Julio A. Roca se pretendió confirmar la definitiva *extinción* de la población nativa. Ese discurso, sumado al consabido impulso sobre la inmigración masiva, que sirvió de plataforma política a la oligarquía que decididamente impuso el modelo liberal, convenció a varias generaciones que Argentina era un país compuesto por

[22] Cassián; Escobar; Espinoza; García y otros. "Imaginario Social. Una aproximación desde la obra de Michel Maffesoli". *Revista Athenea Digital. 2006, p, 5.*
[23] Donghi. E*l antiguo orden y su crisis como tema de Recuerdos de Provincia.* 1989, p. 25.
[24] Sarmiento. *Recuerdos de provincia*. 1998, p. 25.

población procedente de Europa. O lo que equivale decir: un país civilizado. Es la concepción dual tan propia de la cultura occidental, que tiende a confrontar polos opuestos: lo bueno y lo malo, la civilización y la barbarie. En ese sentido, Paula Albarracín pertenecía al mundo civilizado y Martina Chapanay al salvaje e indómito. Sin embargo, Echagüe como escritor costumbrista al referirse a ella se las ingenia para no contravenir el reconocimiento popular que gozaba esta mujer convertida en leyenda. Es así que en la secuencia de la narración biográfica justifica sus ansias de libertad por haber sido criada en la campaña, privada de una contención familiar porque su madre –por cierto, de origen hispano- murió cuando ella era niña quedando su padre sumergido en una honda tristeza. La pena causada por la pérdida de su esposa fue insuperable para su progenitor y por ello atinó a encomendar los cuidados de la niña a una dama de la ciudad antes de su inevitable muerte. Todo esto es referido por la pluma de Echagüe con una brillante prosa propia del movimiento romántico al que pertenecía, dejando plasmada su impronta ideológica en el relato. Por eso afirma que era hija del indio foráneo proveniente de una zona incorporada tardíamente a la nación y de una española, pues, de ese modo se justificaría -a su modo de ver- los méritos asignados popularmente. Esa niña díscola, criada en las Lagunas de Huanacache (zona lacustre situada entre las jurisdicciones de Mendoza y San Juan), poblada mayormente por indios y mestizos, una vez dejada por su padre bajo los cuidados de Doña Clara Sánchez, agobiada por las tareas y rigor con que era tratada, un día decidió volver a su terruño y se fugó con uno de los peones de la finca de su patrona, quien se llamaba Cruz y por sobrenombre lo apodaban Cuero. Desde ese momento formó parte de una banda de salteadores, participando activamente en los asaltos. Pero, en palabras de Echagüe y los escritores posteriores que se han dedicado a recolectar datos de su vida, manifiesta que Martina era inducida por Cruz Cuero pero ella se resistía porque:

El recuerdo de lo que sabía de su madre, recta, misericordiosa y buena, le vino más de una vez a la memoria, y sintió remordimientos y vergüenza de la abyección en que la hija iba a caer. Pero había dado ya el primer paso y las circunstancias la arrastraron. Además, seguía queriendo a Cruz Cuero, cuya brutalidad ejercía sobre ella una extraña fascinación [25].

Por su parte, la notoriedad de Deolinda santificada por la devoción popular que le adjudica, según la tradición ella inicia la travesía, huyendo sin animales y con ropa liviana, solo una botella de agua y sin vituallas, ni animales, y a los 15 km aproximadamente en la localidad de Vallecito se produce su muerte. Se ha escrito que;

> No huía por cobardía sino para mantener la integridad de su vida y la de su familia, fiel a sus valores. En su amor por haber sido leal en la tierra, trascendió a la muerte en la fidelidad de su misión de madre. Como esposa fue la mujer fuerte leal, el puerto seguro, la guarda de la honra de su esposo, fiel a sus convicciones y a su amor, su límite fue la muerte. Emblemático ejemplo para estos tiempos de valores y de mujer de familia que cumple con la vida[26]

Conclusiones

Durante el siglo XIX prevaleció un orden patriarcal que relegó a las mujeres y las sitúo en una posición de inferioridad legal, bajo la potestad de padres y maridos. Esta situación en su esencia no habría de cambiar más allá de sancionado el código civil de 1869[27], cuando comenzaba a conformarse el estado nacional argentino. El proyecto liberal de fines de siglo XIX buscó preservar las relaciones patriarcales y junto con las medidas de secularización que

[25] Echague. *La Chapanay*. 1924, p.14.
[26] Romero. Ibídem, pp. 27 y 28.
[27] El Código Civil redactado por Dalmacio Vélez Sarfield fue uno de las principales cambios institucionales que se concretó durante el gobierno nacional de Domingo Faustino Sarmiento. Este código profundizó la inferioridad de las mujeres casadas, asimilándolas a la condición jurídica de menores. (Barrancos. *Mujeres, entre la casa y la plaza.* 2008. p. 37.)

se ponían en marcha se ordenaba la sociedad a través de acciones tendientes a regular la vida privada, determinando los deberes y obligaciones de hombres y mujeres. En este ordenamiento la familia fue considerada como el pilar fundamental para conservar la moral y las buenas costumbres. Como consecuencia de ello la mujer fue confinada con mayor fuerza a la vida hogareña, dedicada muy especialmente a la crianza de los hijos a quiénes debía educar en las virtudes republicanas. Con ese telón de fondo se entretejió la historia y también fueron teñidas las leyendas populares.

Los hombres ilustrados de aquel entonces se esmeraron por recrearlas destacando sus valores de madres y esposas ejemplares, desatendiendo a sus méritos como mujeres comprometidas con su tiempo, capaces de tomar decisiones por sí mismas.

La descripción más idealizada de la mujer, que representa el modelo femenino que se construye a partir de mediados del siglo XIX, ha sido el de Paula realizado por su hijo Domingo Faustino Sarmiento y que se encuentra en las páginas de una de sus obras, Recuerdos de Provincia. Sin lugar a dudas, no se trata de una mujer excepcional sino que responde a los parámetros y modos de comportamiento usuales en circunstancias en que debía afrontar la crianza y manutención de sus hijos ante la ausencia del marido[28].

La antítesis de este ideal femenino lo constituye Martina, que por sus acciones ajenas al encierro doméstico, asignadas como propias de los varones se la ha calificado de marimacho. Pero como el fervor popular la enalteció por su valentía y la leyenda la erige como benefactora, el discurso erudito transmitido tiende a minimizar aquellos rasgos que contradicen al modelo ideal femenino. Como para desenvolverse en un mundo masculino debe travestirse, se justifica que es por influencia del ambiente donde fue criada. Un mundo salvaje, un medio agreste que le confiere por parte de su padre indio el carácter díscolo y rebelde. Pero, al decir de los hombres ilustrados, porque por sus venas fluía sangre española es la herencia materna la que moldeó su personalidad de sensibilidad por el prójimo. Por eso proclaman su arrepentimiento por su vida al margen de la ley y su conversión en benefactora ayudando a unitarios reprimidos por el régimen rosista.

He aquí la antinomia entre el modelo de mujer que representan Paula y Deolinda, una inmortalizada por su hijo y la otra por el fervor popular que le adjudica milagros. Ambas son ponderadas por sus dotes de buenas esposas y madres. En contraposición, Martina es la transgresora, pero ensalzada entre los sectores populares para quienes simboliza la libertad. La pertenencia a la clase social juega un papel fundamental en la construcción de la tradición popular, aquí coinciden Deolinda y Martina quienes padecieron vivencias de soledad, muerte violenta y sufrimiento, estas dos últimas condiciones son por las que una de ellas es idolatrada y la otra rememorada con benevolencia. En las dos se revelan los elementos fundamentales de la leyenda que son la relación con la verdad y el enigma o misterio.

[28] Sánchez. *"Demandas, peticiones y súplicas de mujeres de San Juan. Primera Mitad del Siglo XIX. Actas del Decimocuarto Congreso Nacional Y Regional de la Academia Nacional de la Historia.* 2001, p. 3, y *"Mujer y ocupación en San Juan durante el siglo XIX". Mujeres en escena.* 1990, pp. 547-554.

Bibliografía

BARRANCOS, Dora. *Mujeres, entre la casa y la plaza*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2008.

BENARÓS, León. "*Romancero criollo*". Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1977.

CASSIÁN, N; ESCOBAR, Ma. ; ESPINOZA, R; GARCÍA, R y otros. "Imaginario social: Una aproximación desde la obra de Michel Maffesoli". *Revista Athenea Digital*, 9, 2006, p p 1-26.

CARRETERO PASÍN, A. "*Imaginarios Sociales y Crítica Ideológica. Una perspectiva para comprensión de la legitimación del orden social*". http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/56811732103425006565679/006235.pdf

COLUCCIO, Félix "*Devociones populares argentinas*" Buenos Aires: Edición Nuevo Siglo, 1995.

CHUMBITA, Hugo. "*Historia del bandolerismo social en la Argentina*". Buenos Aires: Vergara, 2000.

DONGHI, Tulio Halpherin. "El antiguo orden y su crisis como tema de Recuerdos de Provincia". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E._Ravignani"*, 1, 1989, pp. 120-135.

ECHAGUE, Pedro. *La Chapanay*. Buenos Aires. Coni, 1924. [Primera Edición, 1884].

FANCHIN, Ana y SÁNCHEZ, Patricia. "Javiera y las Mujeres Anarquistas: Revisión de un imaginario". *Revista Dos Puntas*, 6, 2012, pp. 217-232.

FERNÁNDEZ PELÁEZ, Julio. "*Yunque de gloria: Versos patrióticos*". Mendoza, Best Hermanos, 1939. (La primera edición del poema "Martina Chapanay, poema histórico". Mendoza, Best Hermanos, 1934.)

GUERRERO, César. *Mujeres Sanjuaninas, entre la historia y la leyenda*. San Juan: Papiro, 2001.

MAFFESOLI, Michel "El imaginario social". *Revista Anthropos*: *Huellas del Conocimiento*, Nº 198, 2003. PP. 149-153.

MARÍN Marta. "Martina Chapanay: Figura legendaria de las lagunas de Guanacache". *Piedra y Canto. Cuadernos del CELIM*, 7-8. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2001-2002.

MARTOS, Miguel. *La Difunta Correa*. San Juan, Talleres Gráficos CEYLAN, 1948.

PAGANO, Mabel. *Martina, montonera del Zonda*. Barcelona: Vergara, 2000.

QUIROGA, Pedro D. *Martina Chapanay, Leyenda histórica americana*. Buenos Aires, Peuser, 1865.

ROMERO GIACCAGLIA, Oscar Eduardo. *La difunta correa. Su mensaje, el sentido de amor de su vida y de su muerte*. San Juan, Papiro, 2000.

SARMIENTO, Domingo F. *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires: Emecé, 1998.

SÁNCHEZ, Patricia. "Demandas, peticiones y súplicas de mujeres de San Juan. Primera Mitad del Siglo XIX". *Actas del Decimocuarto Congreso Nacional Y Regional de la Academia Nacional de la Historia*. San Juan, Academia Nacional de la Historia, 2001.

SÁNCHEZ, Patricia. "Mujer y ocupación en San Juan durante el siglo XIX". *Mujeres en escena*. Universidad Nacional de la Pampa. Actas de las V Jornadas de Historia de las mujeres y estudios de género, Santa Rosa, 1990, pp. 547-554.

VIDELA, Horacio. *Las figuras populares de San Juan*. Buenos Aires: IV Centenario de San Juan 1562- 1962. Cactus, 1962.

VIDELA, Horacio. *Retablo Sanjuanino*. Buenos Aires, Peuser, 1956.

VIDELA, Horacio. "*Historia de San Juan: Época patria 1836-1862*", Tomo 4. Buenos Aires: Academia del Plata, 1976.

WEISSE, Carlos. "Mitos populares argentinos y su relación con el sacrificio". Asociación Latinoamericana de Historia del Psicoanálisis, 2004.
http://www.alhp.org/abstract11.htm